

la trae... Si es verdad lo que tú me cuentas; si Juan ha sacado del lodo á esa mujer, debe haberse manchado mucho en esa triste faena. Es posible que la haya hecho mejor y más honrada; pero sabe Dios si lo malo que ella tenía no ha pervertido á nuestro niño hasta las entrañas. Volvían hacia la terraza. Noche tranquila y clara reinaba sobre todo aquel silencioso valle, donde nada vivía más que la resbaladiza claridad de la luna, el oleoso río y los *claros* con sus charcas de plata. Respirábase la calma, el alejamiento de todo, el gran reposo de un sueño sin sueños. De improviso, el tren ascendente desplegó á orillas del Ródano su rumor sordo á todo vapor.

—¡Oh, ese París!—exclamó Divonne enseñando los puños al enemigo que las provincias cargan con todas sus cóleras...—ese París!... ¡Lo que le damos y lo que nos devuelve!

VII

Hacía un brumoso frío, en una tarde sombría, á las cuatro, hasta en la ancha Avenida de los Campos Elíseos, donde apresuraban su paso los coches rodando sordamente. Casi no pudo leer Juan en el fondo de un jardinillo cuya verja estaba abierta, aquellas letras doradas, muy altas, encima del entresuelo de una casa de aspecto lujoso y tranquilo como de quinta: *Habitaciones amuebladas, pensión de familias*. Un cupé esperaba junto á la acera.

Después de empujar la puerta de la oficina, Juan, vió en seguida á la que buscaba, sentada á la luz de la ventana, hojeando un grueso libro de cuentas, enfrente de otra mujer elegante y alta, con el pañuelo en la mano y una cartera á guisa de portamonedas.

—¿Qué desea usted, caballero?—Fanny le

reconoció, púsose en pie, turbóse y pasando por delante de la dama:—Es el pequeño...—dijo en voz baja. La otra examinó á Gaussín de pies á cabeza con la hermosa sangre fría inteligente que da la experiencia, y muy en voz alta, sin contrariarse: «Abrácense ustedes, hijos míos... yo no os miro...» Luego ocupó el sitio de Fanny, y continuó comprobando cifras.

Habíanse cogido las manos y se decían frases estúpidas. «¿Cómo estás?—Bien, gracias.—¿De manera que saliste anoche?...» Pero la alteración de sus voces daba á las palabras su verdadero significado. Y sentados en el sofá, repeniéndose un poco. «¿No has reconocido á mi patrona?... decía Fanny en voz baja... Y sin embargo, no es la primera vez que la ves... en el baile de Déchelette... de desposada española. Una novia un poco gastada.

—¿Entonces, es...?

—Rosario Sánchez, la querida de De-Potter

Esta Rosario,—Rosa que era su mote—escrito en todos los espejos de los restaurants nocturnos, acompañado siempre de alguna porquería, era una veterana «carrerista de carros» del Hipódromo, célebre entre la gente de jarana

por su clínica desvergüenza, sus palabras obscenas, y sus latigazos muy solicitados entre los socios del Casino, á los que guiaba como á sus caballos.

Española de Orán, había sido más guapa que bonita, y todavía á la luz artificial sabía sacar cierto partido del efecto de sus negros ojos y de sus pobladas cejas, juntas como una raya; pero aquí, hasta en aquella débil claridad, dejaba ver sus cincuenta años, marcados en su ancha cara, dura, de piel rugosa y amarilla como un limón de su país. Amiga íntima de Fanny Legrand durante muchos años, habíala encapirotado en la vida alegre y sólo á su nombre se asustaban los enamorados.

Fanny, que comprendió el estremecimiento de su brazo, trató de excusarse. ¿A quién dirigirse para buscar colocación? La cosa era difícil. Por otra parte, Rosa en la actualidad, vivía tranquilamente. Rica, muy rica, habitaba su hotel de la Avenida de Villers, ó su quinta de Enghien, recibiendo á algunos antiguos amigos; pero sólo á un amante, siempre al mismo, su músico.

—¿De Potter?—preguntó Juan...—Le creía casado.

—Sí... casado, con hijos; dicen también que su mujer es muy bonita... pero eso no le impide volver á su veterana... ¡y si vieras cómo le habla ella, cómo le trata!... ¡Ah! Ese sí que está cogido...—Estrechábale la mano con tierno reproche. La dama interrumpió en aquel momento su lectura, y dirigiéndose á su saco, que se movía pendiente de los cordones:

—Pero vamos á ver; ¿te estarás quieto?—Y luego á la gerente, con tono autoritario, la dijo: «Dame pronto un terrón de azúcar para Bichito.»

Fanny se levantó, trajo el azúcar, que acercó á la abertura del saco con halagos, con frases cariñosas: «Mira qué animal tan lindo...» dijo á su amante, enseñándole, envuelto en algodón en rama, una especie de lagarto grueso, deforme y granujiento, encrestado, dentellado, con la cabeza encapuchonada en una carne temblorosa y gelatinosa; un camaleón que habían enviado á Rosa desde Argelia, y al cual preservaba del invierno parisién á fuerza de cuidados y de calor. Adorábalo ella, como no adoró nunca á ningún hombre; y Juan comprendió desde luego, por las zalamerías de Fanny, el puesto que ocupaba en la casa aquel animal horrible.

La dama cerró el libro, dispuesta á marcharse. «No va mal para ser segunda quincena... Ten cuidado con las bujías.»

Echó su mirada de patrona alrededor del saloncillo, arreglado y limpio, con sus muebles de terciopelo tupido, sopló un poco de polvo sobre el yuca del almohadón, vió un desgarrón en el guipur de las puertas vidrieras, después de lo cual dijo á los jóvenes, con marcada entonación: «Conque, niños nada de tonterías... la casa es muy decente...» y volviéndose al coche que la esperaba en la puerta, fuése á dar su paseo por el Bosque.

—¿Crees que no es poco enojoso!..—dijo Fanny.—Siempre las tengo encima, á ella ó á su madre, dos veces por semana... Aún es más terrible la madre, más cicatera... Es necesario quererte como yo te quiero para seguir viviendo en esta barraca. En fin, ya estás aquí, todavía eres mío... ¡He tenido tanto miedo!... Y se enlazó á él, de pie; por largo rato con los labios pegados á los suyos, asegurándose bien en el estremecimiento del beso de que todavía era muy suyo. Pero iban y venían por el corredor; era preciso tener cuidado. Cuando trajeron la luz

sentóse ella en su sitio de costumbre, con una labor en las manos: y él se acomodó á su lado como de visita...

—¿Estoy muy cambiada, eh?... ¡Qué poco me parezco á la de antes!

Sonreía mostrando su crochet, que manejaba con torpeza de niña. Siempre había detestado estas labores de aguja: un libro, su piano, su cigarrillo; ó con las mangas recogidas disponer la confección de un plato extraordinario, jamás se ocupaba de otra cosa. Pero ¿qué había de hacer allí? En el piano del salón no había que pensar en todo el día, obligada á permanecer en el despacho... ¿Novelas? Ella sabía historias muy diferentes de las que contaban los libros. A falta del cigarrillo prohibido, había cogido aquel encaje que ocupaba sus dedos, y dejaba libre su pensamiento, comprendiendo entonces la afición de las mujeres á esas labores primorosas que en otro tiempo despreciaba.

Y mientras que recogía su hilo, torpemente aún, con el cuidado extremo de la inexperiencia, mirábala Juan tranquila con aquel traje sencillo, su cuellecito recto, sus cabellos muy alisados sobre la redondez pagana de su cabeza, y

ademán tan honrado, tan razonable. Por fuera, en una decoración lujosa, rodaba constantemente el boato de las mujeres de moda, sentadas en lo alto de sus faetones, regresando al ruidoso París de los boulevares: y Fanny no parecía echar de menos en lo más mínimo aquel vicio ostentoso y triunfante, en el cual hubiera podido reclamar la parte á que por él había renunciado. Con tal de que consintiese en verla de vez en cuando, aceptaba gustosa su vida de servidumbre, en la que había llegado á descubrir cosas agradables.

Todos los huéspedes la adoraban. Las mujeres extranjeras, sin gusto alguno, la consultaban para sus compras de trajes: daba lecciones de canto por la mañana á la mayor de las niñas peruanas y aconsejaba á los hombres el libro que debían leer, la obra dramática que debían ver, y ellos la trataban con toda clase de miramientos y atenciones, sobre todo uno de ellos, el holandés del segundo.—Se sienta ahí donde tú estás, y se queda en contemplación hasta que le digo: «Kuyper, me fastidia usted.» Entonces contesta: «pién,» y se va... Él es quien me ha dado este brohecito de coral... Escucha, vale

cien sueldos... Lo he aceptado para que me dejara en paz.

Entraba en esto un camarero, trayendo una bandeja cargada, que dejó sobre un extremo del velador, separando un poco el tapete verde. «Ahí como, completamente sola, una hora antes de la mesa redonda.» Indicó dos platos de la lista, bastante larga y abundante. La gerente no tenía derecho más que á dos platos y la sopa.— ¡Será perra la tal Rosario!... Por lo demás, prefiero comer aquí: no necesito hablar y vuelvo á leer tus cartas que me hacen compañía.

Interrumpióse de nuevo para coger un mantel y servilletas: a cada momento la incomodaban para dar una orden, abrir un armario, ó satisfacer una reclamación. Juan comprendió que la molestaría si continuaba allí más tiempo; luego trajéronla su comida, y era tan mezquina aquella soperita de una ración que humeaba en la mesa, que á la vez echaban ambos de menos la época feliz de sus antiguas comidas.

—Hasta el domingo... hasta el domingo...— murmuró muy bajo despidiéndole; y como no podían abrazarse por el servicio y por los huéspedes que bajaban, le cogió la mano, apoyán-

dola contra su pecho por largo rato, para que entrase la caricia hasta el corazón.

Toda la tarde y la noche pensó en ella, sufriendo por su servidumbre humillada ante aquella bribona y su gran lagarto; luego el holandés inquietábale también, y hasta que llegó el domingo no vivió. A la verdad, esta semi-ruptura, que debía preparar sin sacudimientos el término de su amancebamiento, fué, por el contrario, la herida causada por la podadera, con la cual se reaviva el árbol cansado. Se escribieron casi todos los días, esas cartas tiernas que garrapatea la impaciencia de los enamorados; otras veces, al salir del Ministerio, tenían un dulce diálogo en el despacho durante la hora de la labor de aguja.

Al hablar de él, había dicho en el hotel: «Es pariente mío...» y al abrigo de esta vaga apelación, pudo ir algunas veces á pasar la velada en el salón á un extremo de París. Conoció á la familia peruana con sus innumerables señoritas, ataviadas de colores chillones, colocadas en fila alrededor de la sala, como verdaderos loros en sus perchas: oyó la cítara de Mlle. Minna Vogel, cítara cubierta de guirnaldas como una rama

de lúpulo, y vió á su hermano enfermo, afónico, siguiendo apasionadamente con la cabeza el ritmo de la música y paseando sus dedos por un clarinete imaginario, el único que se le permitía tocar. Jugó al whist con el holandés de Fanny, un zopengo obeso, calvo, de sórdido aspecto, que había navegado por todos los mares del mundo, y cuando se le pedían noticias sobre la Australia, donde acababa de pasar algunos meses, decía rodando los ojos en sus órbitas: «¿Cuánto diría usted que cuestan las patatas en Melbourne?...» Pues lo único que llamaba su atención, era la carestía de las patatas en todos los países á donde iba.

Fanny era el alma de estas reuniones: hablaba, cantaba, representaba el papel de parisien-se, enterada de todo como mujer de mundo; y lo que restaba en sus modales de la bohemia ó del taller, escapábase á la escasa perspicacia de estos exóticos, ó les parecía la educación suprema. Los deslumbraba con sus relatos acerca de las personalidades famosas de las artes ó de la literatura; daba á la señora rusa, que se volvía loca por las obras de Dejoie, informes acerca de la manera de escribir del novelista, el nú-

mero de tazas de café que tomaba en una noche, la cantidad exacta é irrisoria con que los editores de *Cenderinette* habían pagado aquella obra maestra que les daba una fortuna. Y los éxitos de su querida envanecían tanto á Guassín, que se olvidaba de sus celos, y de buena gana hubiera atestiguado con su palabra, si alguien hubiese puesto en duda aquellos detalles.

Mientras que la admiraba en aquel apacible salón, alumbrado con quinqués de pantalla, sirviendo el té, acompañando las melodías de las jóvenes, dándolas consejos de hermana mayor, experimentaba cierto goce en representársela otra mujer distinta cuando llegaba á su cuarto los domingos por la mañana, mojada, tiritando y sin acercarse siquiera al fuego que ardía en honor suyo, se desnudaba á toda prisa, y se metía en la cama junto á su amante. Entonces, ¡qué abrazos, qué prolongadas caricias con que tomaban la revancha de su abstinencia de toda la semana, aquel privarse uno de otro, que conservaba vivificador el deseo de su pasión!

Pasaban las horas y se confundían: no se movían de la cama hasta la noche. Nada les incitaba tanto, ningún placer, el ver á nadie, ni si-

quiera á los Hetteima, que por economía se habían decidido á vivir en el campo. Preparado el ligero almuerzo, á su lado oían, extenuados, el rumor del domingo parisién, que chapoteaba en la calle, el silbido de los trenes y el rodar de los coches llenos de gente, y la lluvia, cayendo en gruesas gotas sobre el zinc del balcón, y los latidos presurosos de sus pechos rimaban esta ausencia de la vida, sin noción de las horas, hasta el crepúsculo.

El gas, que encendían enfrente, deslizaba entonces un pálido rayo de luz por las colgaduras: era preciso levantarse; Fanny tenía que estar de vuelta á las siete. En la penumbra del cuarto, todos sus aburrimientos, todas sus desesperaciones, volvían más pesados, más crueles, al ponerse de nuevo sus botinas húmedas todavía de su carrera á pie, sus faldas, su traje de la gerencia, el uniforme negro de las mujeres pobres.

Y lo que colmaba su pesar eran aquellos objetos amados que la rodeaban: los muebles, el cuartito de tocador de los buenos tiempos. Se desprendía con sentimiento de todo esto: «¡Vamos!...» y para estar más tiempo juntos,

Juan la acompañaba, subían lentamente, y estrechándose uno contra otro, por la Avenida de los Campos Elíseos, cuya doble hilera de faroles, con el Arco de Triunfo al final, aislado de la sombra, y dos ó tres estrellas en un pedazo de cielo, parecía el fondo de un diorama. En la esquina de la calle de Pergoleso, ya junto al hotel, levantábase ella el velillo para darle un último beso, y le dejaba desorientado, hastiado de su domicilio, al que volvía lo más tarde posible, maldiciendo su pobreza, casi guardando rencor á los de Castelet por el sacrificio que le costaban.

Arrastraron así dos ó tres meses esta existencia, que llegó por fin á serles absolutamente insoportable, habiéndose visto Juan obligado á escasear sus visitas al hotel á causa de un chisme de criados, y Fanny cada vez más exasperada por la avaricia de la madre y de la hija. Pensaba para sí en volver á su vida en común, y sentía que también á su amante se le acababan las fuerzas; pero hubiera querido que él hablase primero.

Un domingo del mes de Abril, Fanny llegó más adornada que de costumbre, con sombrero

y traje de primavera, sencillo, porque no era rica, pero amoldado á la gracia de su cuerpo.

—Levántate pronto; vamos á almorzar al campo...

—¿Al campo?...

—Sí, á Enghien, en la quinta de Rosa... Nos ha convidado á los dos...—Dijo que no, primero; pero ella insistió. «Rosa no la perdonaría nunca una negativa; bien puedes acceder en mi obsequio... Me parece que, por mi parte, hago bastante...»

A orillas del lago de Enghien, ante un inmenso césped que descendía hasta el puertecillo en que se valanceaban algunas canoas y góndolas, veíase una gran casa suiza, maravillosamente decorada y amueblada, y cuyos techos y planos realzados como espejos reflejaban el chispear del agua, las magníficas glorietas de un parque ya cubierto de verdor temprano y lilas en flor. Las correctas libreas de la servidumbre, y las alamedas limpias en que no se veía una ramita tirada, honraban la doble vigilancia de Rosario y de la vieja Pilar.

Estaban ya sentados á la mesa cuando llegaron, debiéndose su tardanza á haberse extra-

viado vagando una hora alrededor del lago y por callejuelas entre altas tapias de jardines, merced á un falso itinerario que les indicaron. Juan acabó de perder su aplomo ante la fría acogida que le hizo la dueña de la casa, furiosa porque la habían hecho esperar, y el aspecto extraordinario de las viejas tarascas á quienes Rosa le presentó con su voz de carretero. Tres «elegantes», como se designan entre sí las busconas de lujo; tres antiguas perdidas, que figuraban entre las glorias del segundo imperio, de nombres tan famosos como el de un gran poeta ó un general victorioso, Wilkie, Cob, Sombreuse, Clara Desfous.

Elegantes, cierto que lo eran siempre; vestidas á la última moda, con los colores primaverales, deliciosamente prendidas desde el cuello hasta las botinas; ¡pero tan ajadas, pintadas y remendadas! Sombreuse, sin cejas, muertos los ojos, colgante el labio, tanteando alrededor de su plato, de su tenedor, de su vaso; la Desfous, enorme, llena de barros, con una bola de agua caliente á los pies, poniendo sobre el mantel sus pobres dedos torcidos y gotosos, con sortijas brillantes, tan difíciles y complicadas en su

entrada y salida como los anillos de la cuestión romana. Y Cob, muy delgada, con cintura juvenil que hacía más asquerosa su cabeza descarnada de clown enfermo, bajo unas greñas de estopa amarilla. Esta, arruinada, embargada, había ido á tentar el último golpe á Monte-Carlo y volvía sin un cuarto, rabiosa de amor por un ruletero guapo que la había despreciado; Rosa la recogió, la mantuvo, y de ello se envenecía.

Todas aquellas mujeres conocían á Fanny y la saludaban con protector saludo. «¿Cómo va, chica?» La verdad es que con su traje de tres francos el metro, sin más alhaja que el rojo broche de Kuyper, parecía una recluta entre aquellas espantosas veteranas de la busconería, y aquel marco de lujo, toda la luz reflejada del lago y del cielo, entrando mezclada con olores primaverales por las puertas del comedor, las hacía más espectrales aún.

Estaba también la vieja Pilar, madre de Rosario, el «chingo» (1), como ella misma se llamaba, en su mezcolanza franco-española, ver-

(1) *Chings*, en vez de *singe*, mono.

dadero macaco de piel destefida y gastada, de feroz malicia en sus facciones gesticulantes, peinada como un muchacho, con sus cabellos canos al rape de las orejas, y ostentando sobre su traje de antiguo raso negro un gran cuello azul de timonel.

—Y además el señor Bichito...—dijo Rosa acabando la presentación de sus convidados, y enseñando á Gaussín un enguate color de rosa, donde el camaleón tiritaba sobre el mantel.

—Bueno: ¿y yo? ¿No me presentan á mí?— exclamó con tono de jovialidad forzada un mocetón de bigote canoso, correcto en el vestir, aunque algo tieso, con su levita clara y su cuello alto.

—¿Es verdad... ¿y Tatave?—dijeron riéndose las mujeres. La dueña de la casa dijo su nombre negligentemente.

Tatave era De-Potter, el sabio compositor, el aplaudido autor de *Claudia*, de *Savonarola*; y Juan, que sólo pudo entreverle en casa de Déchelette, asombrábase de hallar, en el gran artista, modales tan poco geniales, y aquella cara dura y regular como de madera, aquellos apagados ojos en los que estaba impresa una

pasión loca, incurable, que desde largos años atábale á esta perdida, haciéndole abandonar á su mujer y á sus hijos para ser un comensal en aquella casa, donde consumía una parte de su gran fortuna y sus ganancias del teatro, y donde le trataban peor que á un criado. Era preciso ver la aburrida actitud de Rosa cuando contaba él algo, y el despreciativo tono con que le imponía silencio; y haciendo coro á su hija, Pilar no dejaba nunca de añadir con tono convencido:

—Déjanos en paz, hijo.

Á esta Pilar tenía Juan por vecina, y sus viejos morros, que gruñían al mascar con un rumiar de bestia y la inquisidora mirada á su plato, ponían en un suplicio al joven, ya molestado por el tono de patrona de Rosa, que bromeaba con Fanny por las veladas musicales del hospedaje y por las chocheas de aquellas desdichadas vejanconas que tomaban á la gerente por una mujer de mundo caída en desgracia. La antigua carrerista de carros, henchida de grasa malsana, con cabujones de diez mil francos en cada oreja, parecía envidiar á su amiga el renuevo de juventud y belleza que le comunicaba este amante joven y hermoso; y Fanny no se

incomodaba, antes por el contrario, divertía al banquete, hurlábase, como un aprendiz de pintor, de los huéspedes, del peruano que la confesaba, poniendo los ojos en blanco, su deseo de conocer una *grande coucoute* (1) y la corte silenciosa, la respiración de foca del holandés, diciendo de pie, detrás de la silla en que ella se sentaba: «¿A que no sabe usted cuánto cuestan las patatas en Batavia?»

En cuanto á Gaussín, no se refa; Pilar tampoco, ocupándose en vigilar el servicio de plata de su hija, ó lanzándose con brusco ademán á cazar en el cubierto que estaba ante ella, ó en la manga de su vecino, una mosca, que presentaba, murmurando palabras tiernas: «come, *mi alma*; come, *mi corazón*» (2), al asqueroso animal tumbado sobre el mantel, ajado, arrugado, informe como los dedos de la Desfous.

Á veces, puestas en fuga todas las moscas, apercibía una en el aparador ó en los cristales de la puerta, y levantándose la cazaba de un manotón triunfalmente. Repitió tanto este ma-

(1) *Grande cocotte*, buscona de lujo.

(2) En español en el original francés.

rejo, que impacientó á su hija, la cual decididamente estaba muy nerviosa aquel día:

—No te levantes á cada instante; eso marea.

Con la misma voz, dos tonos más baja, y con su mala pronunciación francesa, la madre contestó:—*Vosotros* devoráis... ¿por qué no quieres que coma él?

—Vete de la mesa ó estáte quieta...; nos fastidias...

La vieja replicó, y las dos empezaron á insultarse como devotas españolas, mezclando el demonio y el infierno á sus invectivas de plaza:

—*Hija del demonio.*

—*Cuerno de Satanás.*

—*¡P...!*

—*¡Mi madre!* (1).

Mirábalas Juan espantado, mientras que los demás convidados, acostumbrados á estas escenas de familia, continuaban comiendo tranquilamente. De-Potter fué el único que intervino por miramientos al extraño:

—Vamos á ver, no riñáis.

(1) En español en el original francés.

Pero Rosa, furiosa, volvióse contra él:

—¿Quién te mete á tí en esto?... ¡Pues no faltaba más!... ¿Acaso no soy dueña de hablar?... ¡Anda vete á ver si estoy yo en casa de tu mujer!... Ya estoy hasta el pelo de tus ojos de pescadilla frita y de los tres cabellos que te quedan... ¡Anda y llévaselos á tu pavisosa, que ya es tiempo!...

De-Potter sonreía algo pálido.

—¡Y que viva uno así!...—murmuraba entre dientes.

—El que está á las duras está á las maduras...—aulló Rosa, echando todo el cuerpo en la mesa...—Y lo dicho, la puerta está abierta.... ¡largol... ¡up!

—Vamos, Rosa...—suplicaron los vejestorios. Y la madre de Pilar, volviendo á comer, dijo con flemma tan cómica «déjanos en paz, hijo», que todos se echaron á reir, hasta la misma Rosa, hasta De-Potter, que abrazó á su querida, gruñidora aún, y para acabar de congraciarse con ella cazó una mosca y se la dió á Bichito, cogiéndola delicadamente por las alas.

¡Y éste era De-Potter, el compositor glorioso, el orgullo de la Escuela francesa! ¿Cómo le te-

nía cogido esta mujer, con qué sortilegio, envejecida en el vicio, grosera con aquella madre que doblaba su infamia, mostrando lo que sería ella misma veinte años después, como en una bola azogada?...

Sirvióse el café á orillas del lago, en una gruta de rocalla, tapizada interiormente con sedas claras que marcaban el movimiento del agua, uno de esos nidos de besos, deliciosos, inventados en los cuentos del siglo XVIII, con un espejo en el techo, espejo que reflejaba las actitudes de las viejas, tumbadas en el ancho diván, entregadas á un desmayo digestivo, y de Rosa, que con las mejillas enrojadas bajo el afeitado, se desperezaba apoyada en su músico.

—¡Oh! ¡Tatave míol!... ¡Tatave míol!

Pero este calor de ternura se evaporó con el del *chartreuse*, y la idea de un paseo en lancha ocurriósele á una de aquellas señoras, por lo cual envió á De-Potter á preparar la lancha.

—La lancha... ¿sabes?... no la noruega.

—Si llamara á Desiré...

—Desiré está almorzando.

—Es que la lancha está llena de agua; hay que achicar; es un trabajo...

—Juan irá con usted, De-Potter...—dijo Fanny, que veía venir otra disputa.

Sentados frente á frente, con las piernas separadas, cada cual sobre un banco de la lancha, achicábanla activamente, sin hablarse, sin mirarse, como hipnotizados por el ritmo del agua que saltaba de los dos achicadores. A su alrededor, la sombra de un gran ébano caía con una frescura olorosa y se cortaba en el lago, resplandeciendo de luz.

—¿Hace mucho tiempo que está usted con Fanny?...—preguntó de pronto el músico deteniendo su tarea.

—Dos años...—contestó Gaussín, algo sorprendido por la pregunta.

—¡Sólo dos años!... Entonces lo que está usted viendo hoy, acaso pueda servirle de enseñanza. Yo hace ya veinte que vivo con Rosa; veinte que al volver de Italia, después de mis años de pensión en Roma, entré en el Hipódromo una noche y la ví de pie en su carrito dando vueltas á la pista, cayendo sobre mí, látigo en mano, con su casco de ocho puntas y su cota de escamas de oro, que la ajustaba el talle hasta medio muslo. ¡Ah! Si me hubieran dicho...

Y volviendo á vaciar la lancha, contaba cómo en su casa riéronse al principio de aquellos amoríos: luego, haciéndose la cosa seria, relataba con cuántos esfuerzos, súplicas y sacrificios hubieran pagado sus padres una ruptura; dos ó tres veces separáronle de aquella mujer, haciéndola marcharse á fuerza de dinero; pero él se reunía con ella siempre. «Probemos los viajes...» dijo la madre. Viajó, volvió y tornó á meterse con ella. Entonces se dejó casar; mujer bonita, rico dote y la promesa del sillón del Instituto en la canastilla de boda... Y tres meses después dejaba su nueva familia por el antiguo lazo... «¡Ah, joven, joven!...»

Contaba su vida con voz seca, sin que un solo músculo animara su rostro, rígido como el almidonado cuello, que se mantenía tan erguido. Y pasaban las barcas llenas de estudiantes y de mujeres, rebosando canciones, risas, juventud y embriaguez; ¡cuántos, entre aquellos inconscientes, hubieran debido pararse y escuchar aquella espantosa lección!...

Mientras tanto, en el kiosco, como si fuera consigna dada para procurar su ruptura, las viejas predicaban juicio á Fanny Legrand... «Era

lindo el pequeño... pero sin un cuarto... ¿A qué conducía aquello?»

—¡En fin, yo le quiero!...

Y Rosa, encogiéndose de hombros, decía: «Dejarla... va á perder su holandés como la he visto perder todos sus buenos negocios... después de su historia con Flamant, procuró ser más práctica; pero ya está otra vez más loca que nunca...»

—¡Ay bellaca!...—gruñó mamá Pilar.

La inglesa de cabeza de clown intervino con el horrible acento que la procuró en otro tiempo tantos triunfos.

—Bueno es amar, niña... el amor es cosa buena...; pero también se debe amar el dinero... yo ahora, si fuera rica, no diría mi ruletero que soy fea, ¿no es cierto?...—Acometióla un raptó de furor, que elevó su voz hasta lo agudo: «¡Oh, era muy terrible aquello!... Haber sido célebre en el mundo, universal, conocida como un monumento, como un boulevard... tan conocida, que no había un solo cochero miserable á quien se le dijera: «¡A casa de Wilkie Cob!» que no supiese en seguida dónde era. ¡Haber tenido príncipes á mis pies, y reyes, que si yo escupía, de-

cían que era bonito mi salivajo!... Y ahora aquel bribón cochino no la quería por razón de su fealdad... y yo no tenía ni siquiera lo bastante para comprármelo para una noche.»

Y exaltándose más ante la idea de que la considerasen como fea, se desabrochó el traje bruscamente.

—La cara, *yes*, lo concedo; pero esto, el pecho, los hombros... ¿Hay nada más blanco, ni más duro?

Y mostraba con impudor su carne de bruja, que seguía siendo joven milagrosamente, después de treinta años de hoguera, rematada por su cabeza marchita y fúnebre desde la línea del cuello.

—¡Señoras, la lancha está lista...—gritó De-Potter; y la inglesa abrochando su traje sobre lo que de juventud le quedaba, murmuró con cómico desconsuelo:

—¡No puedo ir desnuda por la calle!...

En aquella decoración de Lancredo, donde la blancura coqueta de las quintas de recreo destacaba entre el nuevo verdor, con aquellas terrazas y aquellos céspedes que formaban marco al lago, refulgente de sol, ¡qué embarque fué el

embarque de esta Citerea, inválida; la ciega Sombreuse, y el clown viejo, y Desfous la paralítica, dejando en la estela del agua el perfume almizclado de sus pinturas!

Juan llevaba los remos, encorvada la espalda, avergonzado y desolado de que pudieran verle y atribuirle algún bajo empleo en la siniestra barca alegórica. Felizmente tenía frente á él, para refrescar el corazón y la vista, á Fanny Legrand, sentada á popa, cerca del timón, que regía De-Potter; Fanny, cuya sonrisa jamás le pareció tan juvenil, sin duda por comparación.

—Cántanos alto, pequeña...—dijo la Desfous, á la que emperezaba la primavera. Con su voz expresiva y profunda, Fanny empezaba la barcarola de *Claudia*, que el compositor, trastornado por aquel recuerdo de su gran triunfo primero, seguía, imitando con la boca cerrada, la instrumentación de la orquesta, esa ondulación que hace correr por la melodía una á manera de luz del agua movida. A tal hora y con tal paisaje, era aquello delicioso. Desde una azotea vecina gritaron «¡bravo!»; y el provenzal remando á compás, tenía sed de aquella música en los labios de su querida, sentíase tentado de

poner su boca en el mismo manantial de las notas y beber al sol, con la cabeza echada hacia atrás, y para siempre.

De pronto Rosa, furiosa interrumpió la cantinela, cuyo dúo de voz la irritaba, «¡Eh! los de la música, á ver si acabáis de arrullaros... ¿Si creeréis que nos divierte vuestra romanza de sepultureros?... Basta ya... Es tarde, y Fanny tiene que volver á su jaula...»

Y con ademán furibundo, mostrando el desembarcadero más próximo:

—Aborda allí...—dijo á su amante...—Estarán más cerca de la estación...

Como despedida, era brutal; pero la antigua carrerista de carros había acostumbrado á su gente á estos modales, y nadie se atrevió á protestar. Dejaron á la pareja en la orilla, con algunas palabras de fría urbanidad para el joven, y órdenes á Fanny con voz silbante, y la barca se alejó cargada de gritos y de disputas, que terminó una insultante carcajada que llevaron á los dos amantes las sonoridades del agua.

—¿Oyes, oyes?—decía Fanny pálida de coraje;—están burlándose de nosotros.

Y todas sus humillaciones, todos sus rencos

res, reaparecieron ante esta última injuria, y los enumeraba al regresar á la estación, llegando á confesar cosas que siempre ocultó. Rosa no trataba más que de alejarla de él, y facilitarla ocasiones de engañarle. «Si supieras cuantas cosas me ha dicho para convencerme de que haga caso á ese holandés... Hace un momento, todas á coro me hablaban de ello... Te quiero demasiado, comprendes, y eso la estorba para sus vicios, porque los tiene todos, los más bajos, los más monstruosos. Y porque yo no quiero ya...»

Se detuvo, le vió muy pálido, tembloroso el labio, como la noche en que revolvía el cajón de cartas.

—¡Oh! no temas nada, dijo...; tu amor me ha curado de todos esos horrores... Ella y su camaleón que apesta, me repugnan por igual.

—¡No quiero que sigas ahí!—exclamó el amante enloquecido de celos insanos...—Hay demasiadas porquerías en el pan que ganas: vas á volver conmigo, y saldremos como podamos.

Ella esperaba este grito; lo deseaba desde hace tiempo. Sin embargo, se resistió, objetando que juntos, con los trescientos francos del Mi-

nisterio, la vida sería muy difícil, que tendrían que separarse otra vez... «¡Y he sufrido tanto al salir de nuestra pobre casa!...»

Había bancos bajo las acacias que bordean el camino, cuyos hilos telegráficos estaban llenos de golondrinas; para hablar mejor, sentáronse, muy conmovidos los dos y con los brazos enlazados.

—Trescientos francos al mes—decía Juan, —pero ¿cómo hacen los Hetteima, que no cuentan más que con doscientos cincuenta?...

—Viven en el campo, en Chaville, todo el año.

—Pues bien, hagamos lo que hacen ellos; no tengo interés en vivir en París.

—¿De veras?... ¿quieres?... ¡ah! dueño mío... dueño mío...»

Pasaba gente por el camino; un galope de burros que llevaba el séquito de una boda. No podían abrazarse, y quedaron inmóviles, estrechándose uno contra otro, soñando con una felicidad que retozaba en las noches de verano en que gozarían de una dulzura campestre, esa tibia calma, que amenizan á lo lejos los tiros de escopeta y las tocatas de organillo de una fiesta en las afueras.

VII!

Instaláronse en Chaville, entre la parte alta y baja del país, en ese camino viejo forestal, que se llama el Empedrador de los guardas, en un antiguo punto de cita de cazadores á la entrada del Bosque: tres habitaciones no mayores que las de París, y su mismo mobiliario: el sillón de rejilla, el armario pintado, y para adornar el horrible papel verde de su cuarto, nada más que el retrato de Fanny, porque á la fotografía de Castelet se le había roto el marco en la mudanza y amarilleaba en las guardillas.

Ya no se hablaba de ese pobre Castelet desde que el tío y la sobrina habían interrumpido su correspondencia. «¡Valiente bribón!...» decía ella recordando la facilidad con que el Fénat protegió la primera ruptura. Sólo las niñas escribían á su hermano, pero Divonne, no. Acaso